

EN MEMORIA DE ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

jaime labastida¹

Formo parte del pequeño núcleo de alumnos que tuvo el privilegio de recibir la primera clase que impartiera Adolfo Sánchez Vázquez, en la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM. Corrían los primeros meses del año 1959. Nuestra facultad era, a diferencia de las grandes facultades de Derecho, Medicina o Ingeniería, reducida en el número de sus estudiantes. Mi generación, que fue la tercera generación que se desarrolló totalmente en Ciudad Universitaria, estaba apenas conformada, si lo recuerdo bien, por unas tres decenas de alumnos. Luis Villoro, que ha mantenido con rigor ejemplar, y hasta el día de hoy, la vocación filosófica y que es, junto con Fausto Vega, el único superviviente del Grupo Hyperión, era por aquellos años un joven profesor que recientemente había vuelto a nuestro país, después de realizar sus estudios de posgrado en Europa. Luis Villoro, pues, había exclamado, no sin asombro, al saber cuántos éramos en mi generación: “¡Treinta alumnos! ¡Qué barbaridad! ¡Qué hará México con tantos filósofos!”

En una Facultad de Filosofía y Letras de esas reducidas dimensiones y en un Colegio de Filosofía en cuyo primer año había sólo treinta alumnos, se entenderá que no podía existir más que un grupo de estudiantes por cada materia. Quizás habría dos en el caso de la materia de Lógica: uno, de Lógica Formal; otro, de Lógica Dialéctica, abierto especialmente para que de él se ocupara Eli de Gortari. Así, pues, entre 1957 y 1959, por más esfuerzos que hizo el Colegio de Filosofía para dotar de una cátedra al joven profesor Adolfo Sánchez Vázquez, fue imposible lograrlo. Lo impedían el presupuesto, los escasos alumnos. Por

aquellos años, Sánchez Vázquez no era aún el profesor, el filósofo, el maestro en el que pronto se convertiría; no había publicado ninguno de los textos que luego le harían ocupar un lugar señero, y de primer nivel, en la filosofía nacional. No había publicado ni *Las ideas estéticas de Marx* (1965) ni *Filosofía de la praxis* (1967), que tuvieron como base sus tesis de grado (de maestría y de doctorado, respectivamente). Era sólo un joven profesor, sin duda alguna riguroso y en el que confiaban sus restantes compañeros (Guerra, Villoro, De Gortari). ¿Qué sucedió, qué fue aquello que permitió al joven Sánchez Vázquez ocupar, al fin, una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM?

Un hecho doloroso, desde luego. La cátedra de Estética la guardaba, podría decirse así, en calidad de propia, Samuel Ramos. A pesar de la enfermedad que lo llevaría a la muerte, Ramos nos impartía su curso de Estética en el último piso de la torre de Humanidades. El grupo estaba formado por un corto número de alumnos; notábamos el avance de su enfermedad y nos asombraba el enorme esfuerzo que el profesor hacía para no faltar a clase y para expresar sus ideas con coherencia. Un día, de súbito, Samuel Ramos dejó de asistir a clase y pocas semanas más tarde recibimos la noticia de su deceso. Nos había introducido en las teorías estéticas de Platón y, por desgracia, ya no nos fue concedido, en modo alguno, pasar de allí.

Unos días después, un joven profesor, Adolfo Sánchez Vázquez, ocupaba la cátedra de Estética. Dedicó la primera de sus clases, como un homenaje, a la teoría estética de Samuel Ramos. Desde entonces,

puedo decir que seguí con entusiasmo los ensayos y las cátedras de Adolfo Sánchez Vázquez. Al publicar su *Filosofía de la praxis*, me hizo el honor de asentar estas palabras: “de un antiguo maestro a un actual amigo”. Añado que Sánchez Vázquez formó parte de los jurados que examinaron mis tesis de maestría y doctorado. En el primero, con Eli de Gortari y Luis Villoro; en el segundo, con el propio Villoro, Ruy Pérez Tamayo, Federico Álvarez y Ambrosio Velasco. Trabajé a su lado como secretario del I Congreso de Filosofía, que tuvo lugar en Morelia, el año de 1975; luego, igualmente como secretario suyo, cuando ocupó el cargo de coordinador del Colegio de Filosofía, tarea en la que lo sucedí, por los años de 1976 y 1977 (renuncié a ese cargo al asumir la dirección de la revista *Plural*, de Excélsior, precisamente en 1977). En fechas recientes, ya desde la dirección de Siglo XXI Editores, creí necesario reeditar sus dos libros mayores, para los que Sánchez Vázquez no encontraba acomodo en otras editoriales. Me pareció un mínimo homenaje a su trayectoria intelectual.

Cuando fui electo presidente de la Asociación Filosófica de México, estimé imprescindible que nuestro instituto reconociera la trayectoria de los filósofos más eminentes de nuestro país. Fue así como se estableció el Premio Fray Alonso de la Vera Cruz y los dos primeros que lo recibieron fueron, y a nadie le cupo la menor duda de sus méritos, Luis Villoro y Adolfo Sánchez Vázquez.

Sánchez Vázquez aportó a la filosofía de nuestro país y, en particular, a la enseñanza de la misma en la Facultad de Filosofía y Letras un aire renovador y en extremo estimulante. Desde luego, la filosofía ha adquirido en México, y desde hace largos años, una nueva dimensión, quiero decir que se ha vuelto en verdad profesional, a partir de la llegada de los transterrados es-

pañoles y por las aportaciones, tan diversas, de los miembros del Grupo Hyperión. Por los años en que ingresé en la FFYL, las líneas teóricas de investigación y de enseñanza sólo se repartían entre el tomismo, la filosofía latinoamericana y el neokantismo. Sánchez Vázquez trajo a la FFYL un marxismo renovado, lejos de las tesis caducas de los manuales soviéticos. Lo despertaron de su *sueño dogmático* el joven Marx y los *Manuscritos de 1844*. En mi generación, la lectura que Sánchez Vázquez hizo de los textos juveniles de Marx provocó igualmente un impacto profundo. Aprendimos a leer con rigor los textos originales de Marx; entendimos que era necesario pensar por cuenta propia y sin ningún obstáculo dogmático *todo*, o sea, por lo tanto, igual los clásicos que los modernos. Yo, al menos, dejé de sentirme adherido, si alguna vez lo estuve, a una escuela, no importa cuál fuese ésta. Jamás sentí atracción por el marxismo estructuralista francés, que estimé como una corriente neo mecanicista y de corte neo escolástico, cuyo origen se remontaba a Descartes y Spinoza. Pero, a pesar de que aprecié muchas de las concepciones del joven Marx, advertí que sólo el Marx de la plena madurez; el Marx de *El capital*; el Marx que había ya asimilado el método hegeliano que va, en la exposición de los resultados de la investigación, *de lo abstracto a lo concreto*, era el Marx en verdad científico. Pese, pues, a mi gran admiración por las aportaciones de Sánchez Vázquez, diré que mi admiración no estuvo exenta de discrepancias.

Creo que Sánchez Vázquez hizo una lectura que acaso podría llamarse *filosófica* de *El capital*; dicho de otra manera: leyó de modo parcial el texto de Marx (aclaro: todos leemos de manera parcial, o sea, sesgada, desde nuestro propio ángulo de interpretación, los textos). Para Sánchez Vázquez, desde el primer capítulo de la

obra cumbre de Marx ya se cumplía a plenitud la *concreción*, a través del análisis de la *célula* de la sociedad capitalista, la *mercancía*, cuando en ella apenas está contenida, en germen, la *totalidad de las contradicciones* que esta sociedad posee. En mi opinión, Sánchez Vázquez no pudo advertir que el conjunto del primer volumen de *El capital* no supera, porque así se lo exige el propio Marx a su método de exposición, el nivel de lo abstracto; que el nivel de lo concreto sólo se asume cuando se sintetizan los resultados obtenidos tras del previo examen de la *producción*, la *circulación* y la *distribución* de la *plusvalía*, es decir, en el tercero de los volúmenes de *El capital*. Sólo allí, aplicando de manera consecuente el método que va, insisto, *de lo abstracto* (una forma vacía, pero llena de sus contradicciones) *a lo concreto* (es decir, la *totalidad concreta*), Marx logra la síntesis, la comprensión científica, pues, de la totalidad de la sociedad capitalista.

Lo diré en otros términos: el proceso de exposición va desde la mercancía, o sea, la *célula* económica en la que están contenidas, en germen (es decir, sin su desarrollo cabal), las contradicciones de la sociedad capitalista, hasta el proceso de acumulación del capital (todo el volumen primero, que trata de la *producción del capital*). El volumen segundo se ocupa de la *circulación del capital*: esto significa que no basta la sola *producción del capital* para que el ciclo esté completo; hace falta examinar cómo circulan, en el mercado, las mercancías (en rigor: el capital mismo). Por último, el tercer volumen exa-

mina la *distribución de la plusvalía*: el hecho, clave de toda la economía capitalista, que permite determinar cómo se distribuye la plusvalía, primero producida en la fábrica y luego hecha circular en el mercado, entre los capitalistas. Marx hace notar que sólo aquellos capitalistas modernos, aquellos que hacen mejoras tecnológicas, aun cuando arranquen una menor cantidad de plusvalía absoluta a sus obreros (en tanto que disponen de una cantidad menor de fuerza trabajo, proporcionalmente hablando), son los que atraen hacia sí la mayor cantidad de la plusvalía producida por la sociedad capitalista en su conjunto. Sólo en este momento, para Marx, se ha superado el nivel de lo *abstracto* y se ha llegado al nivel de lo *concreto* (que no es más que un resultado y nunca el objeto simple, ante nuestros ojos, que se contempla en la experiencia sensible).

Hoy, empero, sin entrar para nada en el análisis del pensamiento y las obras de Sánchez Vázquez, tan sólo quise evocar, con no disimulada emoción, todo lo que le debo a mi maestro, a mi amigo, a mi hermano mayor, Adolfo Sánchez Vázquez.

Toluca, Estado de México, 25 de octubre de 2011

Notas

- ¹ El Colegio de Sinaloa, Academia Mexicana de la Lengua, Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, Asociación Filosófica de México, Siglo XXI Editores.